

COMBATE DE EL CALLAO

RESTAURACIÓN EN EL CEMENTERIO DE LIMA DEL MAUSOLEO DE LOS HÉROES DEL COMBATE DEL 2 DE MAYO DE 1866

José Ramón GARCÍA MARTÍNEZ



OS de mayo de 1866, 1150 horas, fecha y hora escogida por el comandante general accidental de la Escuadra del Pacífico, brigadier Casto Méndez Núñez, para proceder al bombardeo de la plaza fuerte de El Callao de Lima.

Veinte minutos antes, a las 1130 horas, el buque insignia de la Escuadra del Pacífico, la fragata blindada *Numancia*, iza sobre su palo de mesana la numeral reservada n.º 61, aquella cuyo lapidario significado es el de zafarrancho general de combate.

Nuestros buques, desde las 1010 horas de la mañana, están ejecutando una espectacular maniobra de internamiento a sus predeterminadas posiciones de batir que impresiona por la perfección de su coordinado despliegue a sus expectantes adversarios y, no menos, a las tan interesadas como numerosas fuerzas navales extranjeras que fondean al norte, lejos del factible campo de batalla. Las fragatas y corbeta hispanas constituían una compacta división, que primero se fraccionó en dos grupos, luego en tres, subdividiéndose de ese trío a su vez cada uno de los siete buques, recreando un conjunto de tres unidades al sur, otro de dos al centro y uno más de igual número al norte, conformando todas las naves una paralela muralla naval que encara sus bordas de botafuego al estático frente terrestre que presentan las intranquilas defensas peruanas (1).

(1) A las 1000 horas leva de su fondeadero la *Numancia*, y diez minutos después todos los demás buques de combate de nuestra Escuadra comienzan a organizarse a su alrededor, formándose una compacta línea de frente que de norte a sur, es decir, tomando como septentrión o norte referencial la isla de San Lorenzo, base de operaciones de nuestras naves, y como sur la adversaria ciudad de El Callao, muestra el subsiguiente orden de marcha: II División, fragatas *Berenguela* y, siguiendo sus aguas, *Villa de Madrid*; III División, paralela a la II, fragata

El Callao muestra con desafiante orgullo a la escuadra española que bloqueó aquella rada y principal puerto del Perú todo cuanto la ciencia y la más moderna técnica militar fueron capaces de suministrar en el año de 1866 para rechazar con garantía de éxito, al menos en teoría, cualquier intrusión que una fuerza naval intentase contra esa ciudad, pues, no en vano, el Supremo Gobierno Provisorio de la República Peruana, que acaudillaba el coronel Prado, había proseguido con los ya emprendidos trabajos de fortificación que inició el recién depuesto presidente constitucional Pezet, aprovechándose Prado, el flamante dictador supremo, de los grandes recursos de guerra que aquel, el prudente general Pezet, había adquirido en Europa. Las obras continuaron sin descanso, aunque con cierto desorden, hasta conseguir levantar en las playas chalacas un formidable frente militar, terrestre y naval que encerraba, entre diversas baterías menores, un par de dominantes torres blindadas que descubrían cuatro amenazantes cañones rayados Armstrong con proyectil sólido ojival (136,08 kg; 25 x 40 cm) de 300 libras de peso, dos fuertes con otras cuatro piezas rayadas Blakely con bala cilíndrica maciza (226'80 kg; 27'50 x 48 cm) de 500 libras de peso y un solitario cañón Blakely de ese mismo calibre y peso, además de otras siete baterías, un gran campo de minas activado por electricidad desde tierra, cinco canoas torpederas y una pequeña flotilla compuesta por dos monitores (*Loa* y *Victoria*) y tres vapores de guerra (*Tumbes*, *Sachaca* y *Colón*) y, asimismo, detrás de las precitadas baterías, torres acorazadas y fuertes, un significativo contingente de fuerzas de infantería y caballería, cuyo rol en la próxima lid no sería otro que el de recibir sobre sí todo aquel proyectil que los buques hispanos disparasen y que, desviándose de su trayectoria, cayese largo, no pudiendo olvidarnos aquí del *Castillo de la Independencia* o del *Real Felipe de El Callao*, una descomunal estructura defensiva de 1747-1774 y de unos aproximados 76.000 metros cuadrados de extensión que, desartillado por «resolución suprema», pero demostrando aún su incuestionable valía castrense, sirvió de amurallado refugio «a prueba de bomba al Estado Mayor de la Defensa» peruana, concentrándose allí, con el presidente Prado, un sinnúmero de ayudantes, edecanes y otros muchos empleos sin destino en la arriesgada primera línea de fuego, aquella que aguantaría el castigo artillero de los buques de su majestad católica Isabel II, reina de las Españas; no así, como acabamos de referir, el impresionante *Castillo de la Independencia*, desartillado, dejaba de ser objetivo militar a batir por los cañones españoles.

La contendiente Escuadra del Pacífico de Méndez Núñez, aquel marino que prefería honra sin barcos a barcos sin honra, enrolaba, además de los buques de su convoy o conserva, naves pertenecientes a nuestra fuerza naval

Almansa y detrás corbeta *Vencedora*; I División de la Escuadra del Pacífico, paralela a la *III*, fragata blindada *Numancia* y tras ella las fragatas *Blanca* y *Resolución*.

en calidad de transportes de guerra (*Marqués de la Victoria*), capturas a la República de Chile (*Paquete del Maule* y *Matías Cousiño*), compras de forma encubierta (*Uncle Sam*) o embarcaciones fletadas al comercio (*Mataura*, *Mary* y *Lotta and Mary*), alistándolos como buques de vanguardia la que quizás haya sido, sin incurrir en superflua exageración, la más flamante, combativa, poderosa y disciplinada escuadra que nuestro país fue capaz de reunir desde los casi entonces olvidados años del Imperio Español, aglutinando un blindado, la *Numancia*, que en su época fue el mayor y más potente del orbe, dos enormes fragatas de hélice, *Villa de Madrid* y *Almansa*, otras tres fragatas idénticas a las anteriores aunque de menor desplazamiento (*Resolución*, *Blanca* y *Berenguela*) y, por último, una corbeta, también de tornillo (*Vencedora*), buques estos modernos, capaces y, ante todo, bien gobernados y mejor coordinados por un excelente equipo de profesionales de la navegación y de la milicia, como fueron Méndez Núñez, Antequera, Lobo, Pezuela...

Nuestras naves oponían a la artillería peruana, con sus estratégicos proyectiles de 300 y 500 libras, la bala táctica de 32 y la de 68 libras, no siendo preciso incidir en que una inteligente conducción de la batalla por parte de los mandos peruanos les tendría que haber dado la victoria y, sin embargo, no fue así... por primar los americanos la trastornadora ilusión del mixtificado deseo sobre la entrenada profesionalidad de la Escuadra del Pacífico, creyendo los primeros en el triunfo como fe revelada, y los segundos en que, aunque «la fortuna ayuda a los audaces», el éxito hay que ganarlo aunando la bizarría, la cualificación o el oficio; y mientras los peruanos delegaron el mando único del combate en entusiastas hiperpolitizados, como el ministro de la Guerra Gálvez, los españoles, aprovechando esa coyuntura, consiguieron empujar a sus antagonistas hasta la derrota, machacando sus posiciones artilleras con una combinada amalgama de tiro directo y tiro de saturación, consiguiendo en pocos minutos hacer volar el principal reducto peruano, la sureña Torre de la Merced, donde muere con un gran número de jefes el antedicho secretario de Guerra y Marina, coronel José Gálvez, apagando la mayor parte de todo aquel imponente aparato militar y naval hasta dejarlo reducido en el instante en el que se decide dar por finalizada la función, las 1640 horas, a un par de cañones que, desde la adelantada batería de Chacabuco o, lo que es más probable, desde el atrasado fuerte de Santa Rosa, con tronar intermitente, permanecen disparando con pólvora sola, sin proyectil, como queriendo afirmar una presencia y una continuidad en la lucha que honra a sus servidores pero que, también, no era capaz de producir nada más que eco lejano, confirmando lo sucedido aquel deseo del brigadier Méndez Núñez de retrasar el anunciado combate de El Callao por espacio de una jornada, para hacerlo coincidir con la triunfal fecha del 2 de mayo de 1808 en Madrid, aquel día en el que el pueblo soberano, que no sus autoridades regias, despojándose de su condición de plebe o de súbditos, quiso hacer patria e irrumpir en la historia enfrentándose civiles y algunos pocos soldados al gran ejército de Napoleón, dando lugar

este hecho, en lo que a la Escuadra del Pacífico se refiere, a que uno de sus buques tomase el enaltecido nombre de *Villa de Madrid* en honor a aquel pequeño pero resuelto gentío, en el que entre hombres y mujeres menudeaban hasta algunos niños.

Cinco horas y diez minutos de la tarde. Nuestras naves comienzan a dar fondo en su base de operaciones, frente al cabezo norte de la isla de San Lorenzo, y en ese preciso instante el monitor peruano *Victoria*, desde la proximidad del lejanísimo muelle de El Callao, dispara el que sería el último cañonazo de aquel día, un balazo que como el par anterior, con pólvora sola, no es más que el reconocimiento del frustrado ideal de querer decir la última palabra cuando se sabe que pocos han de oírlo y que nadie se va a revolver para contestarla.

Audacia española, sí, pero también pericia, y hasta, si se me permite mentar helénicas teogonías, la diosa Némesis se encargó de frenar la apasionada verborrea pseudopatriótica de quienes como el aficionado irreflexivo Gálvez, como el más juicioso aunque fanatizado, Borda y como tantos otros en las filas peruanas (Malinousky, Arancibia, etc.) y, en cierta medida, entre las avergonzadas por Méndez Núñez fuerzas navales estadounidenses y británicas que, desde pocos días atrás del bombardeo de Valparaíso arrastraban su humillante baldón de haber sido intimidadas por la intrepidez de nuestro brigadier, viéndose forzadas a ser los abochornados acompañantes de nuestros buques desde Valparaíso hasta El Callao, como una infeliz comitiva de plañideras de su propio duelo, el de los que habían creído en una victoria fácil y rápida del Perú sobre las naves hispanas, cometiendo americanos y europeos, latinos y sajones el error de minusvalorar al contrario. Sí, verdad es que un solo proyectil de a 300 o de a 500 libras podría echar a pique a cualquiera de nuestras unidades de madera (2), no encontrándose ni siquiera la blindada *Numancia* a salvo ante tales monstruos; pero cuando la ignorancia de las leyes de la guerra ansía dirigir un combate, se descubre con sorpresa no solo que aquella falta del conocimiento es mal consejero, sino que el precio a pagar puede ser el de la propia existencia. Nunca el Supremo Gobierno Provisorio pudo consentir que los buques españoles ganasen sus posiciones de combate sin ser antes cañoneados, aprovechándose para ello del mayor alcance y peso

(2) Como casi pudo suceder así, pues la fragata *Berenguela* fue alcanzada por uno de aquellos gigantes proyectiles, ocasionándole una oquedad bajo la flotación de 3'901 por 1'115 m (4'35 m²), y la *Villa de Madrid* por otro, alto este, que cortándole la conducción principal de vapor a máquinas la privó de movimiento, sacándola remolcada del campo de batalla la ágil corbeta *Vencedora*. La *Berenguela*, gobernándose a hélice, evitó su hundimiento dando pendol o, lo que es igual, pasando los grandes pesos, la artillería, de la banda agredida, la de botafuego, a la de sotafuego, consiguiendo de esta forma que el enorme orificio por el que se inundaba el barco quedase fuera del agua, y de esta manera, tumbada pero autopropulsándose, alcanzó la isla de San Lorenzo.

de sus grandes proyectiles, pero perder la iniciativa estratégica les costó el combate, y a muchos de ellos su propia vida. Méndez Núñez no habría tenido que ser quien, a las antedichas 1150 horas, diese la delegada orden al alférez de navío Joaquín Garralda y Oñate —responsable de las seis piezas de la primera batería proel de estribor de la *Numancia*— de «fuego a la primera», habiendo debido ser Gálvez quien, cuando sus artilleros le comunicaron que tenían al buque insignia español a tiro, tomase la arrojada determinación de «cortar la virada» hispana, pero... *errare humanum est* (3).

Ellos, el gobierno de la «dictadura suprema», gozaban de todas las ventajas tácticas, técnicas, logísticas y estratégicas, todo les favorecía, lugar, gentes, armamento superior... pues El Callao era el avanzado frente de una nación, y



Detalle del monumento erigido en 1966, y en la base inferior, leyenda grabada en 2013 en sustitución de una de las tres placas robadas.

(3) Al tercer tiro de la *Numancia*, a las 1151 horas, replicó contra nuestro «buque de la insignia» la fortificación insignia de los «Defensores de El Callao», la *Torre de la Merced*, habiendo perdido la «dictadura suprema» la capacidad de atacar a nuestras naves cuando ellas no podían defenderse ni por su posición ni por su distancia. En ese inaugural cruce de disparos, ambos adversarios erraron su puntería, cayendo largas las proyecciones artilleras del blindado español y pasando alto sobre la despejada arboladura hispana el disparo peruano.

su oponente, la Escuadra del Pacífico de Méndez Núñez, era vanguardia y retaguardia de sí misma, pues preguntémonos dónde repararía sus naves, dónde adquiriría carbón de piedra para sus hornos y comida para sus hombres, dónde internaría a sus enfermos o heridos, dónde obtendría pólvora y municiones, dónde... No en la despoblada isla de San Lorenzo, que cerraba la bahía de El Callao, pues allí no había nada, ni siquiera agua, ni un solo árbol, salvo piedra, polvo y cadáveres allí enterrados desde centurias, pues aquel desértico lugar no ofrecía recurso alguno para vivos —un solitario farero al que alimentaron víveres y cocinas españolas— ni tampoco para los miles de muertos que desde la conquista la poblaban como preventivo enterramiento de pestilencias.

Terminado el combate nuestros buques, acribillados (4), sí, pero a flote, sin haber perdido ni siquiera un palo macho, dando máquina y ondeando todas sus volantes banderas de victoria, vitoreando la marinería a la reina Isabel II desde las jarcias, se gobiernan hacia su circunstancial fondeadero, en la isla de San Lorenzo. Allí repararán sus daños y enterrarán a sus muertos, a aquellos cadáveres que pudieron o que quisieron preservarse en sus respectivos barcos.

¿Cuántos fallecieron en la batalla y quiénes fueron? Sin caer en la desapaionada estadística y desde la siempre respetuosa óptica, el número exacto de caídos peruanos, chilenos, ecuatorianos, bolivianos y de otras nacionalidades que, como patriotas o mercenarios, nutrieron las filas de los defensores de El Callao se desconoce, pues la «dictadura suprema» no quiso cuantificarlo, temiendo que aquella elevada cifra y la alta y cualificada jerarquía de sus víctimas menguasen su campaña propagandística al presentar su derrota al mundo como la de la fuerza española. Pero la serena investigación nos ha proporcionado unos valores rigurosos que ahora detallaré resumidos y que resultarán difícilmente cuestionables, salvo para quienes se niegan a reconocer lo obvio, dejándose conducir por la mezcolanza de la cómoda ignorancia con la suma del más ruin resentimiento. Veamos:

- Escuadra del Pacífico, a 10 de mayo de 1866 (de un total de 3.319 combatientes): 44 muertos + 64 heridos + 86 contusos = 194 bajas.
- Defensores de El Callao, a 10 de mayo de 1866 (de un total de 8.145 combatientes): 152 muertos + 232 heridos + 304 contusos = 688 bajas.

Quiénes fueron los fallecidos principales:

(4) Con la excepción de la corbeta *Vencedora*, que a pesar de haber demostrado una combatividad extrema, de haberse arriesgado dando remolque a la *Villa de Madrid* y de sufrir un gran cañoneo no recibió un solo impacto en la lid.

- Escuadra del Pacífico, a 10 de mayo de 1866: guardias marinas de segunda clase Rull y Godínez.
- Defensores de El Callao, a 10 de mayo de 1866: un ministro (secretario de Guerra y Marina, coronel Gálvez), un general, dos comandantes militares o jefes técnicos, cuatro coroneles, un capitán de navío, dos tenientes coroneles, un mayor, diez capitanes, un alférez de fragata, siete tenientes, seis subtenientes y dos sacerdotes.

Primero hemos analizado la cantidad de las bajas habidas a 10 de mayo, no creyendo el autor que nadie pueda cuestionar el convincente axioma que nos enseña que las bajas de una acción militar no son solo las habidas en el instante bélico, sino también las que días después de la batalla se acumulan, pereciendo por diversas causas heridos leves, graves y terminales. Después hemos dado fe de su cualificación profesional o calidad, y ahora toca hacerse la pregunta cardinal, aquella de la que dependerá el término de toda duda vehemente, de toda frustrante propaganda de guerra, aquella que nos responderá mejor que cualquier otro interrogante al hecho de adjudicarse el lauro dos contendientes a la vez, es decir, en lenguaje coloquial, quién ganó.

Vence quien convence y el infalible convencimiento último es este: ¿los defensores de El Callao podrían haber vuelto a presentar batalla contra los buques de la Escuadra del Pacífico el día 3 de mayo de 1866 o, en otro orden —pues tanto monta, monta tanto—, la Escuadra del Pacífico podría haber reanudado el combate en el curso de la subsiguiente jornada del 3 de mayo de 1866? Respuesta: los españoles sí, los peruanos no. Cierto es que no con su fuerza naval completa, pero con todas sus carencias nuestros marinos podrían volver a dar la batalla (5), mientras que el Perú de Prado aún tardaría semanas y aun meses en recomponer su volada, desmontada o averiada artillería. Dicho esto, que no ha de contentar a los que solo se complacen con la lectura de los cuentos infantiles, hemos de iniciar lo que el título de este trabajo anuncia, una rehabilitación de un mausoleo del que aún no hemos dicho ni una sola palabra, viniendo aquellas ahora, con el término de esta primera parte que bien podemos calificar de introducción histórica, aunque, permítanme ahora un breve inciso, la Escuadra del Pacífico no había comenzado aún a enterrar a sus muertos cuando sus adversarios ya habían emitido el subsiguiente telegrama que ahora copio literalmente. Dice así:

«S. Secret^o de Guerra [Señor Secretario (Ministro) de Estado en el Despacho de Guerra y Marina del Supremo Gobierno Provisorio de la República

(5) La fragata *Villa de Madrid*, el 3 de mayo de 1866, había conseguido dar propulsión a su máquina con cuatro calderas, quedando totalmente reparada el día 6. La *Berenguela*, debido a sus grandes destrozos, quedó lista el día 9.

Peruana, General Pedro Bustamante García, anterior Inspector General del Ejército y recién nombrado, 2-5-1866, Ministro de Guerra y Marina por causa de la muerte en el Combate de El Callao de su predecesor, el Coronel José Gabriel Gálvez Egúsqüiza en la voladura de la *Torre de la Merced* por la fragata española *Blanca*].

Digame U. que todas las Baterias se hallan en estado de combate y que el entusiasmo (*sic*, entusiasmo) es tan grande como ayer para rechazar la Escuadra; así lo requiere el Boletín.

1 pm

Pascual Saco

Callao Mayo 3 de 1866

87» (6).

Pascual Saco, es decir, Juan Pascual Saco Oliveros, firmante de este telegrama, no era otro que el coronel subinspector general del Ejército de la República Peruana, y su pretensión al signarlo era la de proponer a su antiguo e inmediato superior, el precitado inspector general del Ejército, general Bustamante, y también recién nombrado (2-5-1866) ministro de Guerra y Marina, la acomodación de la verdad histórica a la embustera razón de Estado, pues el Supremo Gobierno Provisorio no podía permitirse perder el combate de El Callao: «Así se ganan las batallas en las dictaduras... por *Resolución Suprema*».

Iniciemos la segunda parte de este trabajo donde la primera quedó detenida. Nuestros muertos fueron conducidos desde sus buques a tierra, a la isla de San Lorenzo. Desde allí se transportaron hasta una algo elevada planicie sita a juiciosa distancia de la mar, abriéndose una fosa rectangular de diez por tres metros y uno de profundidad, donde, tras rezarse los responsorios por el eterno descanso de sus almas y por el temporal de sus cuerpos, fueron inhumados siguiendo un orden escrupuloso, permaneciendo allá, en compartida soledad con todos aquellos que les precedieron en aquella isla y en aquel lugar reconocido bajo diversos nombres que definen su secular cometido, como son los de: caleta Sanitaria, ensenada de la Muerte y, por último, entre otros locales, playa del Panteón. Allí, como acabamos de indicar, descansaban, entre otros varios centenares de cuerpos, los de otros dos marinos de la Escuadra del Pacífico que habían fallecido por causas naturales tiempo atrás y de los cuales daremos fe cuando corresponda.

(6) 144. «Registro (*sic*) de los Despachos transmitidos de Palacio á la Comdca. Gral [Comandancia General] de Marina-Febrero de 1866». «Registro de los despachos transmitidos de Palacio á la Comandancia General de Marina desde el 27 de febrero de 1866. El Callao, febrero 28 de 1866». Biblioteca Nacional del Perú. D-4642, p. 128 (resultados y conclusiones tácticas y técnicas). Vid. GARCÍA MARTÍNEZ, José Ramón: *El Combate del 2 de Mayo de 1866 en El Callao*. Editorial Naval. Madrid 1994, pp. 159-160 (notas 144 y 63).

Día 10 de mayo de 1866. Nuestros buques abandonan aquellas aguas, quedando España en latente estado de guerra con las aliadas repúblicas del Pacífico Sur o, lo que es igual, contra Perú, Chile, Bolivia y Ecuador.

Desde ahora procederé casi telegráficamente, pues una mínima presentación de lo que ha de venir nos ocuparía el espacio de incontables páginas, pues aquel enterramiento ha supuesto

muchísimo más de lo que parece para la Historia de España, para la del Perú y, sobre todo, para la de Chile (7), no ignorando aquí al Ecuador.

La Escuadra del Pacífico desde El Callao arrumba en dos divisiones, aproando una de ellas hasta las islas Filipinas y la otra hacia el Atlántico, donde permanecerá en diferentes puertos, vigilante de los movimientos de los buques peruanos y chilenos, previniendo cualquier tentativa contra las islas de Puerto Rico y de Cuba. Esa reducida y después reforzada Escuadra pronto se rebautiza como Escuadra del Océano Atlántico Meridional (1867) y más tarde como Escuadra del Sur de América (1870), no obteniendo ningún fruto esos cambios, pues aquella fuerza, sintiéndose orgullosa de sus méritos, proseguía firmando sus escritos y emitiendo su documentación oficial como Escuadra del Pacífico. Nuestros buques, como dije, se gobiernan desde la hispánica Estación Naval del Río de la Plata (8), sita en Montevideo, a Río de Janeiro y hasta Santiago de Cuba, donde, entre otras naves a ella adscritas, encontramos a la ferrolana fragata blindada *Tetuán* y... Prometí concisión o, mejor aún, laconismo militar.



Placa atornillada en el interior de la cripta en la que se da fe de cuáles son los cuerpos que se encuentran inhumados en este mausoleo.

(7) Véase, de autoría del firmante, en prensa: «Intrahistoria del Tratado de Paz y Amistad entre España y Chile de 1883». *Revista del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú* Lima, 2013), y «Descubrimiento en el Cementerio de Lima de una placa conmemorativa en honor de las dotaciones de la Escuadra del Pacífico fallecidas en el Combate de El Callao (2 de Mayo de 1866)». *REVISTA GENERAL DE MARINA*, Madrid, noviembre 1994, pp. 517-524.

(8) La, desde 1845, Estación Naval del Río de la Plata muta también por aquellas fechas su nombre original por el de Estación Naval del Sur de América, evitando así suspicacias semánticas y complicaciones políticas.

España, Perú, Chile, Bolivia y Ecuador firman en Washington, el 11 de abril de 1871, un armisticio que impedirá la reanudación de hostilidades entre las partes contratantes.

Perú y Bolivia, por cuestiones económicas derivadas del aprovechamiento de las riquísimas salitreras de Atacama, explotadas por anglochilenos en Tarapacá y Antofagasta, por su crisis monetaria y crediticia y por otras razones que no podemos explicitar por falta de espacio, fuerzan la confrontación contra Chile, declarando la Cancillería de Santiago la guerra contra sus antiguos aliados el 5 de abril de 1879, hecho este que había pronosticado años atrás el primer comandante general de la Escuadra del Pacífico, el jefe de Escuadra Luis Hernández y Pinzón Álvarez. Las tropas chilenas, tras diversas operaciones militares y navales, ocupan Lima el 18 de enero de 1881, posesionándose del Palacio de los Virreyes o Palacio de Pizarro, sito en la céntrica Plaza de Armas, estacionándose en esa ciudad el resto del ejército expedicionario, con la excepción de la División Lynch, que quedaba encargada de la custodia de El Callao. No quiero detenerme en la inconmensurable profundidad de la amarga crisis política, militar y vital en que se sumió un exhausto Perú que, despreciando a Chile, siempre había creído en una fácil victoria contra aquellos a quienes se definía en el habla vulgar como «tontos como chilenos».

Ese Perú del mismo presidente Prado (presidente constitucional del Perú desde 2-8-1876 hasta 18-12-1879) que ahora se encontraba rendido era el que, casi coincidente con el inicio de los litigios contra Chile, se había apresurado a firmar un Tratado de Paz y Amistad con España, el conocido como Tratado de París (14-8-1879), por el que ambos antiguos contendientes declaraban «el ...completo olvido de lo pasado y...».

Bolivia, nación que casi desde siempre se ha conducido a remolque de Perú, había signado igualmente con nuestro país un tratado idéntico al peruano, firmándolo en la misma *Ciudad de la Luz* y casi en la misma fecha (Tratado de París, 21-8-1879).

Ecuador, para terminar, aunque no corresponde la cita con la cronología, sellaría la definitiva paz con España el 8 de enero de 1885.

Chile, por el contrario, a pesar de las incontables ocasiones en las que esta República había querido reanudar las relaciones con España y, asimismo, España con ella (9), no había podido alcanzar un pacto beneficioso interpartes, pues un obstáculo infranqueable frustraba, abortándolas, todas las aproximaciones diplomáticas, tratándose de la imposición chilena de compro-

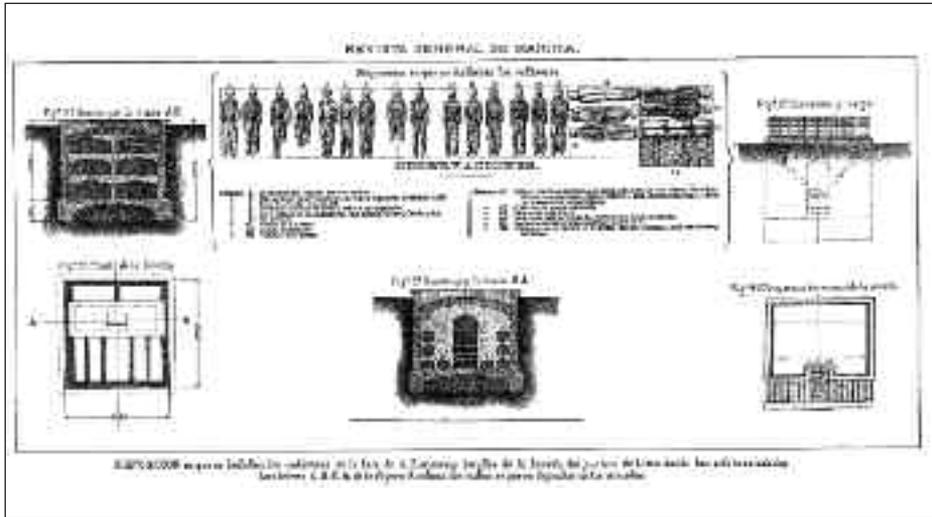
(9) España y Chile o, mejor expresado, Chile y España, ya habían llegado a un amistoso acuerdo diplomático y militar (Londres, 18-2-1868) del que la República chilena no había querido dar cuenta a sus aliados (Perú, Bolivia y Ecuador) y por el cual ambas potencias aceptaban desbloquearse las naves que tenían en construcción en la Gran Bretaña, tratándose por España de las fragatas blindadas *Victoria* y *Arapiles* (12.823 toneladas) y de un valor de 540.000 libras esterlinas) y por Chile de las corbetas *Chacabuco* y *O'Higgins* (3.340 toneladas y

meter a España en el pago de alguna cantidad por el Bombardeo de Valparaíso (31-3-1866), pretensión esta a la que todos los consecutivos gobiernos hispanos se habían negado, encontrándonos ahora en la curiosa tesitura de un gabinete, el español, que disponía de un par de diplomáticos acreditados en Lima y en El Callao, ambos, obvio es, ante el derrotado por Chile Gobierno de la República Peruana, pero que no gozaban de autoridad ni de representación ante el Gobierno de ocupación chileno en el Perú, tratándose del encargado de Negocios de la Legación de España en Lima, Enrique Vallés y Soler de Aragonés, y del cónsul general de España en El Callao, Ernesto Merlé y Alós, ya que tras la derrota la consentida Presidencia Provisoria del Perú la encabezaba Francisco Calderón Landa quien, elegido por una Junta de Notables el día 12 de marzo de 1881, ejercía sus amenguadas funciones tolerado por el último virrey del Perú o, lo que es lo mismo, por el general en jefe del Ejército de Ocupación del Perú, el contralmirante Patricio Lynch, quien poco después, el 6 de noviembre de esa misma anualidad, arrestaría a Calderón, no reconociendo más poder peruano que el de las autoridades municipales (28-9-1881), enviando a Calderón a Chile a bordo del blindado *Almirante Cochrane*, donde permanecería confinado hasta la firma en Lima (20-10-1883) del para Perú vejatorio Tratado de Ancón, por el que se restablecería la paz entre peruanos y chilenos, poniéndose fin a la históricamente conocida como Guerra del Pacífico.

Consecuencias: además de las presumibles derivadas de la guerra, Perú perdió el Departamento de Tarapacá, y Bolivia su salida al mar, integrándose estos dos territorios en la emergente República de Chile.

Retornemos a nuestra senda. Vallés, encargado de Negocios de España en Lima, no podía tratar con peruanos ni chilenos por carecer de representatividad diplomática. Las negociaciones de paz que se celebraban en París entre españoles y chilenos se trasladan a Lima a favor de Vallés, quien inicia sus trabajos con el plenipotenciario chileno Pedro Eulogio Altamirano Aracena y, como expuse, debo refrenarme pues es imposible dar cuenta fidedigna de todo lo acaecido en unos pocos párrafos, allegándome hasta abril de 1882, mensualidad en la que Vallés noticia al ministro de Estado, el marqués de la Vega de Armijo (Gabinete Práxedes Mateo Sagasta, 8-2-1881), que la presidencia de la limeña Sociedad Española de Beneficencia ha visitado días atrás la Isla de San Lorenzo y ha concebido la idea de dar un enterramiento más digno a nuestros compatriotas de la Escuadra del Pacífico allí enterrados, trasladándolos hasta el Cementerio General de Lima, debiendo de contar para ello con el permiso español, con el de la curia peruana, con el de la dirección de la Sociedad de

137.000 libras esterlinas). Este «pacto entre caballeros» permitió la salida del Reino Unido de cuatro buques que importunaban en sus astilleros, y a Madrid y a Santiago reforzar sus respectivas fuerzas navales en común detrimento de mutuos adversarios o amigos.



Panteón de Lima en 1883. «Traslación al Cementerio de Lima de los restos de los marinos españoles que murieron en el glorioso Combate de El Callao de 2 de Mayo de 1866». REVISTA GENERAL DE MARINA. Madrid, marzo 1883, pp. 365-383 y tres láminas.

Beneficencia del Perú y con la aquiescencia del general jefe del Ejército de Ocupación de Chile. Vallés, provisto de todas las autorizaciones (arzobispo de Lima, Sociedad de Beneficencia del Perú) y contando con el apoyo del contralmirante Lynch, quien facilitó este proyecto, proporcionando lanchas de vapor de la Intendencia General del Ejército y negándose a aceptar cualquier pago por lo facilitado, emprende con la Sociedad Española de Beneficencia y con el concurso de otras personas los trabajos de archivo, apertura de fosa (17-11-1882, 11 horas), traslado de restos y demás labores que tampoco detallaré por necesidades de espacio y por constar en un abultado expediente que no deja apenas pregunta sin respuesta, demostrando un exhaustivo rigor al que no estamos muy acostumbrados los investigadores y del que en imágenes daré justa fe.

Condensando hasta donde puedo, diré que los cadáveres se extrajeron y en un respetuoso convoy naval de duelo, en el que participaron con 35 embarcaciones de vela y vapor, una multitud de marinos de guerra y mercantes, además del personal civil, administrativo y militar de todas las nacionalidades presentes en El Callao y Lima (estadounidenses, británicos, franceses, italianos, españoles y chilenos, entre otras), los féretros fueron desembarcados en El Callao, pasando a su Iglesia Matriz y desde allí, en el ferrocarril, fueron llevados a Lima, al Cementerio General, donde quedaron depositados en la abovedada cripta (27-11-1882) que, a expensas de la Sociedad Española

de Beneficencia, se había excavado en lugar preferente de la precitada necrópolis.

Vallés, con anterioridad, vista la favorable predisposición del contralmirante Lynch (Patricio Javier de los Dolores Lynch Solo de Zaldívar; 1824-1886) (10), había tentado con él y con los plenipotenciarios chilenos (Altamirano, ya citado, y Jovino Novoa Vidal) la posibilidad de que en el momento de la prevista inhumación de los soldados y marinos españoles en su tumba (30-11-1882) (11) el Ejército de Chile les rindiese honores militares, pues esa acción sería inmediatamente correspondida por el Gobierno de Su Majestad que enviaría un buque de guerra al puerto de Valparaíso para saludar al cañón a la bandera chilena. Altamirano, desde Valparaíso, el 5 de julio de 1882, explica a su colega español que «en el primer momento ofrecía dificultad la idea de tomar la iniciativa de una manifestación, que pudiera estimarse por algunos en sentido molesto para la dignidad nacional; pero recordando lo que súbditos

(10) Cuál era el motivo que explicaba tanta amabilidad de Lynch hacia nuestro país. En 1866, en el transcurso de la guerra contra España, su hermano, el capitán de corbeta y director de la Escuela Naval chilena Luis Alfredo Lynch Solo de Zaldívar (1834-1883), se encargó de la comandancia del vapor *Paquete del Maule*, una nave cuyo objeto en el momento de su captura por los buques españoles era el de conducirse desde Lota hasta Montevideo para allí proporcionar la dotación militar a los buques peruanos que se esperaban desde Europa: el monitor *Huáscar* y la fragata blindada *Independencia*. El 9 de marzo el *Paquete del Maule* carbonea 197 t en Lota, aproando a las 1130 para Arauco, avistando allí al otro vapor chileno *Independencia*. Quince minutos después la fragata *Blanca* le da orden de detener su máquina e ignorándola fuerza su captura al cañón a pesar de enarbolar bandera británica y de argüir pretextos poco serios, declarándose el buque «buena presa» y siendo incorporado a la Escuadra del Pacífico como *Transporte de Vapor Número 2*. A la llegada de la *Numancia* y del apresado *Paquete del Maule* a Valparaíso (14-3-1866) su esposa le visita a bordo del blindado, donde toda la oficialidad chilena recibe un trato amistoso y exclusivo por parte de mandos hispanos, allegándose aquella en un bote de la fragata británica *Leander*. Lynch y todos los apresados irían a España, sirviendo esta captura como oportuno canje para el de los marinos españoles de la *Virgen de Covadonga*. Lynch, en España, estuvo en estado de pseudolibertad, con sueldo y mayordomo pagado por el Gobierno de S. M. C. y el de Chile, habiendo residido en Cádiz, Cartagena, La Coruña y, con plena libertad «bajo palabra», en Sevilla, regresando a Valparaíso, desde Le Havre, el 12 de diciembre de 1867, como resultado del precitado intercambio de prisioneros (*Paquete del Maule vs Virgen de Covadonga*). Tanta fue la libertad de la que disfrutaron Lynch y todos sus mandos, y en alguna medida sus hombres, que Lynch llegó a solicitar al Gobierno español permiso para acudir en persona a la Exposición Universal de París de 1867 (abierta desde 1-4-1867 hasta 31-10-1867) y se le concedió, bajo «palabra de honor de retorno», asignándole un acompañante en calidad de asistente de cámara o mayordomo chileno y dinero para todos los gastos en los cuales incurriese.

(11) Esto tuvo lugar el anterior 27 de noviembre, introduciéndose los féretros en sus correspondientes nichos el 30, a las 1400 horas. Con ellos se rescataron de la isla de San Lorenzo los cadáveres del subteniente graduado o primer condestable de la *Numancia*, José Gómez Romero, y del fogonero de la *Berenguela*, Melchor Varela, fallecidos ambos por causas naturales y enterrados también allí, habiendo muerto el primero el 30 de junio y el segundo poco después, el 9 de agosto de 1865.

españoles hicieron en honor de Prat (12), y la conducta observada por España durante la última guerra del Pacífico, el Presidente [Domingo Santa María González] autorizaría con gusto al general en Jefe [Lynch], para tributar honores á los restos de los españoles muertos en el combate del Callao, siempre que V., en su carácter de Ministro de España, y entendiéndose con los señores Novoa y Lynch, les pueda dar la seguridad de que su Gobierno correspondería á nuestra iniciativa, mandando un buque de guerra á Valparaíso. El incidente es muy importante, á mi juicio, porque, realizado felizmente, nada impediría ya que pudiéramos ir resueltamente á la paz».

Así se hizo y por fortuna no hubo mayores dificultades en este emprendido tránsito en el que los soldados y marinos muertos de la Escuadra del Pacífico prestaron su último servicio al país, ganando, como el Cid, batallas después de fallecidos.

Refrenando de nuevo mi anhelo por contar todo lo pretérito, que es mucho más de lo que aparece y apetece, indicaré ahora que «...el Ministro de Estado, enterado del despacho de V. S. [Vallés] se ha servido aprobar su conducta, y me encarga le manifieste que por el Ministerio de Marina se dan las órdenes oportunas para que la Navas de Tolosa, la fragata que trajo á España á S. M. el Rey [Alfonso XII] en ocasión de su advenimiento al Trono, y que hoy se encuentra en la Habana, vaya á Valparaíso, cuando llegue el momento oportuno, á saludar aquella Plaza, en justa correspondencia á los honores que á los españoles muertos en el Callao se propone tributar el General en Jefe del ejército Chileno». Firmado: Felipe Méndez de Vigo, subsecretario de Estado, al encargado de Negocios de España en Lima. Madrid, 28 de agosto de 1882.

Como ya expuse, los cadáveres se inhumaron en la bóveda del Cementerio Presbítero Matías Maestro de Lima y el que sigue es el fehaciente documento

(12) Una vez más los muertos nos facilitan la vida. Guerra del Pacífico. El monitor peruano *Huáscar*, al mando del contralmirante Miguel Grau Seminario, libra el llamado Combate de Iquique, enfrentándose en él el antedicho monitor contra la corbeta chilena *Esmeralda*, comandada por el capitán de fragata Agustín Arturo Prat Chacón. El *Huáscar* cañonea a la *Esmeralda* y, ante la imposibilidad de echarla a pique al cañón, la espolonea en tres ocasiones, consiguiendo hundirla, habiendo fallecido en la cubierta del monitor el abordador comandante de la *Esmeralda*, Prat, y el teniente segundo Ignacio Serrano Montaner, relegando aquí el combate anexo al que libran la fragata blindada peruana *Independencia* contra la goleta *Covadonga*, antigua *Virgen de Covadonga* (apresada a la escuadra del teniente general Pareja quien, al perderla por haberla capturado la *Esmeralda*, se suicidó, facilitando su muerte la irrupción de Méndez Núñez en la Comandancia General accidental de la Escuadra del Pacífico). Volviendo a la batalla, diré que los cuerpos de Prat y de Serrano fueron desembarcados en el muelle de Iquique y enterrados el siguiente 22 de mayo en el cementerio por obra del altruista ciudadano español Eduardo Llanos y del presidente de la Sociedad Española de Beneficencia de aquella localidad, Benigno Posada, envolviéndose sus cuerpos en sábanas con las iniciales E. LL. (Eduardo Llanos), asistiendo a la inhumación ocho personas, abonando Eduardo Llanos los cinco soles del importe de cada ataúd y los 83 soles subsiguientes debidos a los gastos de entierro de Prat y Serrano.

que atestigua lo que desde España y Chile se ambicionaba, el digno término a un contencioso que había entorpecido las relaciones diplomáticas entre dos pueblos hermanos:

Telegrama – «Lima, 27 de noviembre de 1882.

Se ha verificado la traslación de los restos. Mucha concurrencia. Por orden del Gobierno chileno han hecho los honores un batallón con bandera y banda [Arica, 4° de Línea], haciendo en el cementerio una [doble] descarga. Han asistido los Jefes de Estado Mayor, todos los Jefes y Oficiales de la guarnición. Considero estas demostraciones como saludos á la Nación y bandera española.

Vallés».

Y, concluyendo ya con esta otra segunda pieza documental:

Encargado de Negocios de España en Lima a ministro de Estado, Madrid.

Telegrama – «Lima, 30 de noviembre de 1882.

Además de las demostraciones en Lima, la Marina chilena escoltó, con otros barcos extranjeros, los restos; en la bahía del Callao había 28 lanchas. El orden de parada era: á la cabeza el Capitán del puerto; en el centro, la balandra conduciendo los restos y la comisión de Beneficencia de Lima; los oficiales de la Marina chilena y otras naciones, conduciendo las cintas de los fére-



El mausoleo terminado, febrero 2013.

tros. Se calcula en 5.000 personas la concurrencia; el Jefe de Estado Mayor chileno estuvo á mi lado en el cortejo; asistiendo á la función de Iglesia todo el Cuerpo Diplomático y el Consular. Estuvo suntuoso. He recibido telegrama de V. E. de ayer.

Vallés».

Agotada aquí la segunda parte comenzaremos con la tercera y última que ha de ser tan pequeña en extensión como grande en lo que de respetuoso homenaje supone a quienes entregaron su vida por España. Una única y reiterada prevención. Seré muy breve e incurriré a sabiendas en grandísimos errores de omisión histórica y documental, pues lo significativo es la tumba en sí y lo que fue, lo que aún es y lo que volverá a ser el próximo año 2016, cuando se conmemore el 150 aniversario del Combate del 2 de mayo de 1866, y no un prolongado rosario de indignas miserias que, aunque quisiera exponer para escarnio de muchos, me prohíbo mencionarlas, citando, por el contrario, tan solo a quienes siempre me apoyaron en mi particular empeño, tratándose de José Ignacio González-Aller y de Gonzalo González-Aller, ambos antiguos directores del Museo Naval de Madrid.

El autor, hace casi un cuarto de siglo, cuando se documentaba para su primer libro editado en el Perú, entre archivos, bibliotecas, museos y otras fuentes correctoras de su ignorancia, descubrió en el Cementerio General de Lima, tras buscarlo con incontenido tesón, este enterramiento y, ante su vergonzante estado, se sintió forzado a repararlo a su costa... tras sufrir un



Algunos de los destrozos ocasionados en la tumba objeto de este trabajo.

descorazonador sinfín de frustradas reuniones, entrevistas y otras conferencias con quienes en verdad estaban obligados a acometer esos trabajos; pero, vista la falta de empatía, la ignorancia y hasta la mala fe demostrada por aquellos, parafraseando *El Quijote*, de quien no quiero acordarme, el firmante desagravió aquel mausoleo que antes, en 1966, ya había sido remozado por las autoridades diplomáticas españolas de aquel entonces, aprovechando la feliz coyuntura del centenario del Combate de 1866. Finalizadas las obras de 1994 y los consecutivos actos públicos en los que con ese objeto se congregó a una gran multitud de agregados militares iberoamericanos, congresistas españoles y de otros países, colonia española y autoridades políticas y militares de la legación de España, el enterramiento subsistió en paz hasta el año 2011, en que la carestía y elevado precio del cobre y la asociada dejación de los responsables de la necrópolis limeña facultaron el cobarde robo de todas las placas de bronce del monumento, la violación de la tumba y, resumiendo, la casi completa vandalización del mausoleo por desaprensivos que no creamos antiespañoles, ya que devastaron un sinnúmero de sepulturas sin dejar escapar bronce alguno. De nuevo y con reverdecidas y aún mayores dificultades y resistencias, que tampoco detallaré, el autor se impuso la tarea de volver a restaurar aquel mausoleo, y así lo hizo, iniciándose las obras el día 6 de noviembre de 2012 y terminando el 18 de febrero de 2013 y, una vez más, como hacían grabar algunos romanos en los trabajos que a sus expensas rehabilitaban, *de sua pecunia fecit* o, lo que es igual, «pagándolo de su dinero» y, como podrá comprobarse en las imágenes que deben acompañar este lamento, la labor ha sido compleja y completa, no escatimándose nada en honor y fúnebre seguridad de estos soldados y marinos de la Escuadra del Pacífico, que todo lo dieron por su patria, debiendo quizás de referir ahora que esta no es la primera tumba que el infrascrito recupera, redimiéndola del desagradecido olvido de familiares o de los poderes estatales, aludiendo aquí al que quizás haya sido el mejor intérprete pictórico de la tan mentada Escuadra del Pacífico, Rafael Monleón y Torres (1843-1900), pintor-conservador del Museo Naval de Madrid.

